

PILOT ROJO

Por Virginia Becerra

Me iba el viernes a las 20.20 de mi oficina pensando qué escribir para esta tentadora invitación de periodismo literario. Me convencía de que ya no tengo ideas interesantes, pero a la vez hacía notas mentales de qué podría escribir. Pasé por el control de acceso con la tarjeta magnetizada, salí del parque científico en el que trabajo y pensé que de tanto leer se nos atrofia la imaginación. Y todavía lo pienso. Pero ese no es el punto. Soplaban un viento muy fuerte, inusual para esta ciudad. Por lo general tomo el bus que pasa por la puerta, para ver la ciudad, la luz o la noche. Pero decidí tomar el metro. Tuve que caminar hasta la estación por la Plaza de los Voluntarios Olímpicos, justo debajo de la torre Mapfre. Llegué al semáforo y cambié de pensamiento, de nota mental. Me gustaría escribir cómo esto de la crisis que tanto se comenta en estas latitudes me parece tanto menos grave que el cambio climático que vivimos todos los días y que sin eufemismo y a mi entender debiera llamarse empeoramiento climático. En marzo del año pasado aquí en Barcelona la gente ya estaba en la playa. Este año en invierno se cerraron los aeropuertos de París y de Madrid más de un día por la nieve paralizante. Pero al cruzar la calle ya me había convencido, y con razón, de que tanto la crisis financiera global como el empeoramiento climático son temas mucho mejor tratados en otros lados y muy poco interesantes para cualquiera ya a esta altura de saturación mediática.

Virginia Becerra::
(Montevideo, 1975). Es
Licenciada en Economía
por la Universidad
Católica del Uruguay.
Cursa la Maestría en
Salud Pública de la
Universitat Pompeu
Fabra y trabaja en un
proyecto de Análisis
Costo/Utilidad de
tratamientos de cáncer
y otras tareas de
investigación
relacionadas con la
evaluación económica
en salud.

Catalán hablaba la gente ante las máquinas de validación de los billetes de metro. Y en una centésima de segundo también descarté la idea de explayarme escribiendo cómo el bilingüismo es una realidad desconocida para nosotros los uruguayos; el respeto y extrañeza que me merece, la necesidad que estoy teniendo de practicar el idioma si es que de verdad estableceré mi campamento vital aquí.

“*Love is in the air*” repetía para mí, eco del cantante de turno del Metro. El ayuntamiento les paga un dinero y las propinas de la gente lo complementan. Pero no creo que Ciutadella y menos a esa hora sea una estación próspera para recoger monedas. Por eso debe ser que nunca ves al mismo músico más de dos días. Me acerqué a un mapa del metro como para inspirarme porque la idea de escribir sobre la eficiencia de ese medio de transporte me estaba pareciendo un poco más aceptable que todas las anteriores. De cualquier manera, estaba contenta porque ya había dicho que sí a escribir algo, a hacerme un tiempo para ello. Mi mirada no era la misma de siempre, pretendía retener algún momento o idea particular que luego pudiera desarrollar a mis anchas. “*elmetrodemontevideo*” todo junto y en minúsculas me parecía suficientemente poético y contemporáneamente interesante. Escribiría de cómo he sentido tantas veces que es injusto que Montevideo no tenga un metro subterráneo en su extensa geografía. Que los ciudadanos paguen medio euro para tardar tal vez más de una hora, tal vez de pie, desde Punta de Rieles al Centro. Cuando sin ser urbanista cualquiera concluye que en metro se tardarían unos previsibles veinte minutos. Lo mismo para la gente que vive en Colón, en el Cerro, en Capurro, en Malvín. Sería una pequeña revolución eficiente. Y sería tanto más democrático.

A esa altura ya estaba sentada en el vagón de la Línea 4, debía bajarme en Urquinaona. Había logrado tomar notas reales en el anverso de un mail que no trae buenas noticias y que quería comentar con mi hermano. Por eso estaba impreso en A4 y se dejaba escribir con Pilot rojo. “Pilot” dicen aquí, y no me entienden si digo “pailot”. Extenderme sobre el inglés en España también es posible anoto, volviendo sin mucha gana mental a la idea de los idiomas.



Escribí “¿Hasta qué hora trabajar?” para recordarme desarrollar cómo tantas veces siento que trabajo demasiado, sin que nadie me lo pida o sin ser tal vez necesario. Cómo a tantos humanos disfrutando de nuestra autonomía profesional y flexibilidad horaria nos agarra la noche un viernes sin mejor opción que seguir pensando frente a un ordenador. Cómo muchas veces envidio a los obreros de fábrica que cuando suena la sirena y se detiene la cadena de montaje no tienen la alternativa de seguir exigiendo la mente y el cuerpo para producir. Tienen que irse a casa, o a tomar sol, o a pasar hambre; pero fuera del trabajo. O envidio a las mujeres como mi abuela. Esta idea de hasta qué hora trabajar merecía un poco más de maduración, pero es buena y me convencía. Anoté “viernes”.

Levanté la vista, los azulejos de la estación indicaban que estaba en Passeig de Gràcia. Puteé, salté del metro mochila, papel A4 y Pilot en mano. Sonreí por lo entretenida que estaba; me apoyé en un banco del

andén y anoté “Me pasé de parada”. A esa altura me había convencido de que lo mejor sería contar de un tirón y sin parar mis ideas y sucesos de la última hora.

Había perdido la conexión con la línea roja que me llevaría a Rocafort, mi estación, a una cuadra de mi casa. Podía tomar la línea verde, bajar en Poble Sec y también estaría muy cerca. O podía tomar el 50 o el 56, buses por Gran Vía. Salí a la calle porque me apetecía más. El clima no me importó, solo era viento. No tomé el bus sino que caminé hasta plaça Universitat. Eran 21.10 cuando miré el reloj para ver si aún tenía tiempo de buscar un regalo. Entré en una tienda que ofrece una primavera que se demora en llegar, y no tiene ya nada de invierno que pueda mi madre en Montevideo vestir los próximos meses. Volví a casa sin nada nuevo ni fascinante para regalar o para contar, como casi siempre. Pero con unas notas y unas ideas que me gustaban y que quería trabajar y disfrutar, como casi siempre. Hoy es 21 de marzo, comienza la primavera, y el otoño. ■■

Foto P. P.